

Las diferencias de género en *Los años falsos* de Josefina Vicens

Javier Galindo Ulloa
javagalindo27@gmail.com



En el habla común es frecuente escuchar expresiones que denotan el orgullo del macho mexicano: “No le hables así tu padre o hermano...”, “Tu papá fue un hombre y tienes que ser como él...”, “El hijo es igual a su padre en todo, hasta en las mañas...”, entre otros calificativos que determinan la diferencia entre el hombre y la mujer en la relación familiar. En la novela de Josefina Vicens (1911-1988), *Los años falsos* (1982) aborda la problemática de un joven de diecinueve años, llamado Luis Alfonso Fernández, que visita, junto con su madre y sus dos hermanas gemelas, la tumba del padre. Narrada en primera persona, el joven se dirige a su progenitor para contarle cómo ha sido el proceso de luto de la familia y el rol que ha asumido como jefe de familia por ser el varón; le confiesa cómo toda su educación se ha basado en modelos paternalistas y en una enseñanza sustentada en la falsedad de los roles de la sociedad: guardar el luto, obedecer al hermano, visitar la tumba del finado, seguir un patrón de conducta machista y misógina. Luis Alfonso Fernández no ha podido ser como los demás compañeros de escuela que se dedican a estudiar a vivir su adolescencia, mientras él ha asumido un rol que va más allá de su identidad como ser humano. Tiene que aprender a ser hombre si no será la burla del grupo de amigos del padre.

En la cultura occidental se distingue el hombre y la mujer por la desigualdad cultural entre los grupos sociales en que se relacionan. Se entiende por género el conjunto de fenómenos sociales, culturales y psicológicos vinculados al sexo de las personas. En el campo de la investigación de las identidades humanas, el género (del inglés *gender*) es el resultado en las personas de “un proceso social que transforma una diferencia biológicamente determinada (macho/hembra) en una distinción cultural (hombre/mujer) y en una desigualdad personal y social entre mujeres y hombres” (Lomas, 2008, p. 35). Con este término se ha realizado estudios sobre los procesos de diferenciación, dominación y subordinación entre hombres y mujeres que aún persiste en la sociedad.

Simone de Beauvoir consideraba que la mujer no se definía por su naturaleza biológica sino por una historia cultural dominada por un poder masculino, donde se le ha asignado un rol subordinado al hombre. De esta manera se ha vuelto una costumbre la diferenciación de valores entre el hombre y la mujer en la sociedad. Se educa al varón de acuerdo con modelos paternalistas y a la mujer con virtudes de obediencia y belleza física para satisfacción del hombre. De esta manera, la diferencia entre los hombres y las mujeres consiste no sólo por el género sexual sino porque aprenden a ser hombres y a ser mujeres en contextos

y formas diferentes (Lomas, 2008, p. 75).

Desde una perspectiva masculina, Luis Alfonso Fernández manifiesta el aprendizaje adquirido por el padre, la hombría que debe representar ante los grupos sociales. Desde el inicio de *Los años falsos* se presenta el carácter paternalista del joven, el respeto que le guardan la madre y las hermanas. Cuando visita la tumba del padre Luis Alfonso solamente observa las actividades que realizan las mujeres: “Una tumba no es una cocina, pero ellas la arreglan y la frotan y la pintan como si lo fuera” (Vicens, 2013, p. 7). Así describe la misma rutina y actitud de la madre y las hermanas, obedientes al hermano mayor y al difunto padre. No existe una diferencia entre el comportamiento interior del hogar y del exterior. En ambos espacios, la mujer prosigue con la misma conducta de obediencia y silencio ante la presencia del hombre. “Yo las observo. Ahí están las tres, fatigadas, sudorosas, sucias; como en la casa, los sábados que ‘escombran’”, así las compara el narrador entre la tumba y la casa. Han aprendido labores de casa como también los deberes rituales de la tumba. El difunto padre y el hijo son personas distintas por edad y jerarquía, pero existe una herencia paternalista y la mujer sigue con el mismo rol de obediencia hacia el hermano. Durante el desarrollo de la novela, la jerarquía del hombre de la casa se

Javier Galindo Ulloa

Nació en la Ciudad de México el 27 de febrero de 1970. Realizó estudios de licenciatura en Lengua y literatura hispánicas en la FES Acatlán y la maestría en Letras latinoamericanas en la Facultad de Filosofía y Letras (FFYL) de la UNAM. Es doctor en Letras Hispánicas por la Universidad Autónoma de Madrid. Es profesor de Asignatura “B” Definitivo, del Área de Talleres de Lenguaje y Comunicación del Colegio de Ciencias y Humanidades, adscrito al plantel Vallejo, con una antigüedad de veinte años.



conserva como si no hubiese fallecido el padre. Las hermanas deben guardar silencio y respetar a Luis Alfonso sea cual fuese la situación. Por la circunstancia y no por voluntad propia ha asumido esa autoridad paternalista, por el respeto que le tienen a la madre y a las hermanas. Así ocurre cuando regresa del panteón y él burlescamente no responde a la pregunta de una de ellas:

Una de mis hermanas, cualquiera de las dos, indistintamente, me reprocha:

—Siquiera contesta, Luis Alfonso, no seas grosero. Y de inmediato mi madre la reconviene:

—No le hables así a tu hermano.

Y guardamos silencio. Ninguna de las tres puede “hablarme así” porque ahora yo soy el hombre que sostiene la casa. Eso soy nada más. Pero eso ha acabado con todo.

La mejor prueba es que aquí estoy, ahora, con los brazos cruzados, mientras ellas pintan mi reja de alambazón. La van a dejar horriblemente verde. Ojalá llueva antes de que la pintura se seque (Vicens, 2013, p. 9).

Luis Alfonso muestra una indiferencia hacia las hermanas, no le importa las labores que hacen en casa mientras él se satisface mirándolas. Tampoco el padre las tomaba en cuenta, pero existía el orgullo de mostrar su virilidad al ser padre de unas gemelas. Pero en realidad existe esa actitud misógina por parte de ambos. Para Carlos Lomas (2008): “La misoginia consiste en una serie de sentimientos, de actitudes y conductas en las que predominan el temor, el rechazo y el odio a las mujeres” (p. 37). De esta manera se presenta el comportamiento de rechazo del padre e hijo hacia las gemelas, una misoginia que se caracteriza por la descripción física de los personajes femeninos y la diferencia de género entre el hombre y la mujer de una misma familia. Esta relación de rechazo se observa desde la perspectiva de Luis

Alfonso que se limitaba a describirlas de acuerdo con la memoria y los sentimientos contrariados de odio y cariño forzado ante el juego de las apariencias: “Yo estaba horrorizado con la llegada de esas dos niñas tan flacas, tan feas y tan iguales, pero como todos opinaban que eran preciosas, que parecían dos muñecas, empecé a temer que me suplantarán” (Vicens, 2013, p. 12). El cariño de hermano pone en duda la sinceridad de los actos, se basa en la apariencia y la artimaña para ganarse el cariño también del padre que asimismo odia a las hijas y se expresa de ellas con apelativos despectivos:

Entonces, para evitar que tú las quisieras yo fingía quererlas. Sólo cuando estabas presente, y con verdadera repugnancia, las besaba y les decía las mismas palabras tiernas que mi madre les dedicaba. Ahora comprendo que obedecía a un instinto oscuro, turbio, femenino, para provocar tus celos. Y lo lograba.

—¡Deja en paz a esos monigotes!

—No les digas así, papá, pobrecitas.

—Estás igual que tu madre. Vámonos a dar una vuelta.

El corazón me latía apresurado. En ese momento me hubiera lanzado a tus brazos y te hubiera confesado que detestaba a las niñas. Sin embargo, haciendo un esfuerzo, me atrevía a seguir el juego:

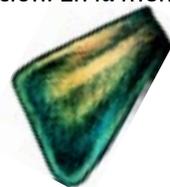
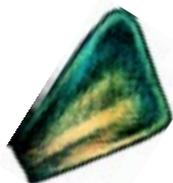
—¿Las llevamos? Tú cargas a una y yo a la otra.

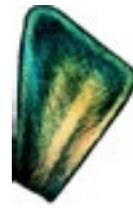
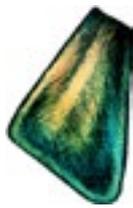
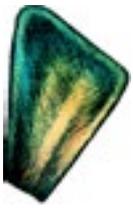
Te enfurecías, que era precisamente lo que yo deseaba con todas mis fuerzas.

—¡Qué somos viejas, o sus nanas, o qué! ¡Ándale, vámonos!

Antes de salir, disimulando mi felicidad, lanzaba a las pobres niñas una mirada de gratitud. Eran mi instrumento para lograr tu atención exclusiva y tu compañía. (Vicens, 2013, p. 12).

Como rivales ve Luis Alfonso a sus hermanas y provocaba en el padre el odio hacia ellas, con el fin de ganarse su atención. En la mente del





narrador se presenta el recuerdo de los diálogos, de la presencia del padre en la educación del hijo, el primogénito de la familia, las palabras despectivas y la atención indiferente hacia ellas. El narrador cuenta cómo se fue educando con la imagen del padre y la actitud misógina desde el nacimiento de las hermanas. Ha sido educado con una cultura machista donde la mujer sólo aparece como comparsa en la familia. La desigualdad de valores se presenta en la falta de comunicación entre los hombres (padre e hijo) y las mujeres (madre y hermanas). La voz masculina permea la narración de la novela, destaca los diálogos que denotan indiferencia, rechazo, engaño y burla hacia la mujer y la poca armonía de la familia. Incluso compara elementos ligeros, como la cruz que coloca Luis Alfonso en la tumba del padre; una “cruz de señorita” que podría avergonzarlo y faltarle el respeto al difunto.

Bajo estos estereotipos de la mujer débil, pasiva y obediente, Luis Alfonso aprende a adquirir el estereotipo de macho mexicano: fuerte, dominante y mujeriego. Para Carlos Lomas (2008): “[...] se estigmatiza a los adolescentes que incumplen las normas de género asociadas a los estereotipos canónicos de la masculinidad hegemónica” (p. 198). Luis Alfonso es un adolescente cuyo patrón de conducta es la imagen paternal de la familia: hereda el traje de luto, la pistola con la cual el padre se disparó accidentalmente y el carácter masculino por las formas de aprendizaje que ha adquirido desde la infancia y la cultura dominante del machismo. Lo especial de este personaje es que no haya una identidad propia de su personalidad. A esa edad vive entre la adolescencia y la juventud, no es mayor de edad y sólo recibe burlas del grupo de amigos del padre porque aún piensa como hijo de familia. Por otro lado no convive con amistades de su propia edad, porque ha asumido el rol paternal sin haber contraído

matrimonio, pero ha tenido dos novias (el orgullo del padre) y ha sido pareja también de la amante del difunto. Ante la promesa de realizar un viaje a Europa, el joven le dice:

Ahora comprendo que jamás habríamos podido hacer el viaje porque “Poncho Fernández sí sabía vivir”, porque “Poncho Fernández era el primero en sacar la cartera”, porque “Poncho Fernández gastaba en una parranda lo que ganaba en un mes”, porque “Poncho Fernández era lo que se llama un hombre...”.

Tus amigos me han hecho de ti un retrato fiel: “eras el más macho de todos, el más atravesado y el más disparador”. De no haber ocurrido ese accidente estúpido, pronto habrías “pisado fuerte y llegado muy alto” (Vicens, 2013, p. 23).

Con epítetos, los amigos caracterizan a don Poncho con esas cualidades varoniles pero un hecho circunstancial termina con el ideal de padre ejemplar, el hijo que aparenta ser tan hombre como él. Las expresiones paternalistas llegan a ser una retórica de la vida cotidiana, aludiendo al hombre macho como dominador de la situación de casa y de cantina. Luis Alfonso no sólo debe demostrar ese carácter de macho dominante sino también la figura patriarcal de esposo, padre y amante. Asume estos roles que no le pertenecen porque simbolizan una cultura patriarcal en la vida cotidiana de la familia: la madre actúa como esposa del hijo, y las hermanas como hijas de su hermano, y Elena, ex amante de don Poncho, llega hacer también amante de Luis Alfonso. Cuando regresa a casa en la noche, él y su madre dialogan:

—Perdóname, mamá, no pude...

—Pero si no te estoy diciendo nada, tú puedes llegar a la hora que quieras. Acuéstate, voy a la cocina a traerte algo.



—No, mamá, no te levantes.

—No faltaba más, con lo cansado que debes estar... A tu papá siempre le daba yo un vaso de leche caliente cuando llegaba tarde.

Se levantó, fue a la cocina y me trajo a mi cuarto el vaso de leche. Mientras lo tomaba me dijo que “me había esperado a cenar hasta muy tarde, pero que como las niñas tenían que ir al colegio al día siguiente, ya no quiso que se desvelaran más”. Después, con el mismo gesto y en el mismo tono manso y tierno, me dijo exactamente lo que te decía a ti:

—Yo todavía te esperé mucho rato, hasta que materialmente se me cerraron los ojos.

Allí estaba, sentada al borde de mi cama, cubierta con su chalecito de estambre. Y de pronto sentí un violento rechazo por aquella mujer desconocida, por aquella esposa que parecía estar atendiendo a un marido trasnochador y autoritario, no a un hijo asustado que esperaba su reprimenda y que quería pedirle perdón.

—¡Déjame solo, por favor!

Salió de la habitación y cerró suavemente la puerta (Vicens, 2013, p. 38).

La madre espera el comportamiento masculino del hijo y actúa de igual modo como lo hiciera con el esposo. Su pensamiento se rige bajo la tutela de Luis Alfonso, aunque él entra en una crisis moral por la falta de una identidad ante el juego de máscaras de la sociedad, donde cada quien actúa de acuerdo a sus intereses y las buenas apariencias. La cultura del patriarcado se basa en estos estereotipos del machismo y las virtudes de lo femenino. La diatriba de Luis Alfonso sobre la conducta del padre, de la familia y del grupo de amigos prodigue de manera circular en la narración: la imagen del hijo ante la tumba inicia y termina en el mismo sitio; así, el personaje masculino relata su historia desde ese lugar hasta volver a ese mismo espacio donde desea también la muerte.

Los años falsos es una novela apropiada para el estudiantado de bachillerato que aún está en búsqueda de una identidad como adolescente. Permite al lector o lectora reflexionar sobre la diferencia de género del hombre y mujer en una cultura patriarcal. Es necesario leer y comentar cada una de las secuencias y comprender los diversos espacios y tiempos de la historia. El narrador deja fluir su pensamiento para recordar los años que vivió con su padre y cómo ha sido esta nueva experiencia de ser el jefe de familia. La diferencia entre el hombre y la mujer se debe a la cultura dominante del machismo, no tanto por la diferencia de sexos. Luis Alfonso es un personaje que se distingue de sus hermanas por el aprendizaje que ha adquirido al lado del padre y de las buenas apariencias de la sociedad. El estudiantado será capaz de tomar conciencia de sí mismo y de la cultura dominante en el que vive: la novela de Josefina Vicens está escrita en primera persona y en estilo epistolar. El destinatario de la historia es el padre difunto y a través de él, Luis Alfonso trata de comprender el problema de su identidad con esos valores heredados del machismo y la misoginia. Además de su brevedad, *Los años falsos* adquiere relevancia narrativa por la forma de transmitir la desigualdad social y cultural entre el hombre y la mujer que aún persiste en la sociedad. Queda en el estudiantado tomar conciencia de su rol como ser humano sin falsedad ni juego de apariencias.

Referencias

- “Equidad de género” (2015, 23 de febrero). En *Valor UNAM*. Recuperado de: <https://valorunam.wordpress.com/>
- Lomas, C. (2008). *¿El otoño del patriarcado?: Luces y sombras de la igualdad entre mujeres y hombres*. Barcelona: Península.
- Vicens, J. (1982). *Los años falsos*. (versión digital). Ciudad de México: Antwan-Lectulandia.